pósito para calmar la inquietud que mi talante le había hecho concebir.

—Señor cura—le dije,—no deje usted por Dios salir á nadie. De cualquiera de las almas buenas que están aquí, puede ser que necesitemos.

—¿Para qué?—me preguntó.

Y yo le respondí:

—Para una de esas obras de caridad que no dan espera, y que es preciso llevar á cabo á toda costa inmediatamente.

## V

### EN NANTERRE

El futuro Bonifacio—continuó Juan—se había estado tranquilo mientras el órgano y los cánticos llenaban la iglesia; pero el silencio le despertó, y se dió á gritar de la misma manera como yo salmodiaba momentos ántes, sin respetos humanos. ¡Y bien sabe Dios que se hacía oír!...

—¿No se trata de un bautizo?—me dijo el vicario:—pues este niño tiene ya tres años, lo menos.

—Habrá—le respondí—bautizo, entierro y aun otra cosa, y si alguno de los presentes es el alcalde, le agradeceré á usted que le mande aguardar.

En esto se nos acercó el señor cura. Estábamos contra la capilla de la izquierda á la vuelta del ábside, junto á la entrada lateral del presbiterio.

—Se trata, según parece, de alguna desgracia,—le dijo el vicario,—y este señor (es el que cantaba) desea se suplique á los fieles que se aguarden, quizá para alguna colecta...

—Quizá—les dije;—yo no tengo más que cinco francos... Pero hablen ustedes luego á sus feligreses, porque ya se van las hermanas; y si hay por ahí un médico, alguna autoridad ó algún miembro de las conferencias,

que hagan el favor de venir á la sacristía. Es caso muy grave y muy apurado.

Hice una seña á Magdalena, que me estaba mirando, y tomé el camino de la sacristía, adonde llegó el vicario casi al mismo tiempo que yo. Yo no sé lo que hizo el señor cura, pero al cabo de un minuto comenzaron á llegar los buenos cristianos de Nanterre y todos venían preguntando: "¿Qué es? ¿qué hay?"

Las señoras creían adivinar el caso, pero no adivinaban más que á medias, pues que mi pobre Magdalena era demasiado vieja para tener un niño tan pequeño. El señor cura me indicó que me explicara con brevedad, haciéndome entender que el que más y el que menos de los allí reunidos tenía que hacer en su casa, y oí al vicario que respondiendo aparte á una pregunta que le habían hecho acerca de mí, decía:

—Debe ser un estravagante, es aquel que cantaba.

Yo les conté la historia de Pedro Blot por extenso desde el principio, intercalando en ella todo lo que te he dicho á tí hasta el papel de Tartufa político; y debo decir que lo de Tartufa tuvo un éxito estrepitoso.

No hay paraje en el mundo donde este Tartufa sea mejor conocido que en la campaña alrededor de París. El vicario, perdonándome ya la voz de bajo, vino á darme fuertes apretones de manos, y el doctor volteriano, á quien su cuñado el socio de San Vicente había ido á buscar al *Café del Comercio*, al *Café de la Industria* ó al *Café de los Viajeros*, me dijo sonriéndose:

—Es usted duro con los liberales ¡vaya! La idea de quitarle á Tartufa el solideo para encasquetarle un sombrero hongo es original y graciosa; sobre todo en una



sacristía... En cualquier otra parte no sentaría tan bien. Pero es preciso que vayamos á certificar de cómo esa mujer se ha muerto ayer tarde ¿no es así, cuñado?

—El chiquillo está esperando el bautismo hace ya tres años, hizo observar por lo bajo Magdalena, y con un padre como el suyo, es caso más urgente que si estuviera en el artículo de la muerte. Lo que más prisa corre es acristianar al niño.

El señor cura vacilaba, porque los reglamentos son muy severos; pero después de lo que yo le había contado de Pedro Blot, no podía menos de admitir aquel caso como de extrema urgencia. Al niño se le había dado leche con azúcar y pan, y ya no lloraba. Fué acto contínuo bautizado de socorro condicionalmente, no sin cierta solemnidad, puesto que no escaseaban los testigos.

Magdalena y yo, prometiendo ser padrinos en el bautizo solemne, le pusimos desde luego estos nombres: Bonifacio por el santo del día, Pedro por su padre y Juan por mí; así lo dispuso Magdalena.

Todas las mujeres presentes, religiosas, señoras y aldeanas, se encargaron mancomunadamente de vestirle, prometiéndole para el día siguiente un baul de ropa completo, lo cual no pareció enorgullecerle gran cosa.

Había yo dado mi nombre y apellido al señor cura cuando el bautismo; pero el libre-doctor, que era un poco sordo, no lo había oído bien. Hizo que se lo repitiera luego su cuñado el teniente de alcalde, y exclamó en seguida:

—¡Le conozco! ¡Ah... es una historia!...

Y corriendo hácia mí con los brazos abiertos, añadió:

—Yo he leído las novelas de usted; por cierto que las

hay...hasta allí; y sus artículos de aquellos tiempos en que todavia no le sofocaba á usted la religión... Había ahí entonces un talento diabólico; pero no había nada de San Vicente de Paul. Diga usted, demonio: ¿desde cuando ha dejado vd. de sacudir el polvo á las sotanas sobre las costillas de los que las llevan, señor redactor de *El Figaro*, y de *El Enano Amarillo*, y de la *Revista de Paris?*

Estas palabras enfriaron de súbito la corriente de simpatías que ya me rodeaba, tanto más cuanto que el despiadado doctor me apretaba y meneaba la mano con la más comprometedora cordialidad.

—Hay apellidos que se parecen...—quiso decir el señor cura.

Pero yo le interrumpí con franqueza para declarar en voz alta:

—Soy yo, soy yo: no se trata de ningún otro. Yo he estado siendo años y años un bribón detestable.

—Lo que es eso no es verdad—exclamó Magdalena.

—Yo me entiendo—la repliqué estrechando á mi vez vigorosamente la mano del doctor;—no un bribón á lo José María ó á lo Jaime el Barbudo, pero un bribón por imprudencia y por ignorancia; un *libre-charlador*, un *Petrus in cunctis* como el apreciable doctor, que tiene la bondad de recordarme mis picardías. ¡Ah, cuántas y qué grandes las tengo sobre mi conciencia! ¡Y de todos colores! El doctor, sin embargo, se equivoca un poco; yo no he insultado jamás á los curas, pero he hecho algo peor: los he protegido desde lo alto de mi cátedra de polichinela, los he querido acaudillar, yo, el grandísimo payaso, y les he prodigado, ex-cátedra, mis consejos de arlequín; creo que hasta les he bendecido, envuelto como estaba en mi vanidosa suficiencia, que se atribuía muy sencillamente á sí misma la infalibilidad del Papa y la autoridad de los Concilios. Mis novelas enseñaban la caridad á los apóstoles; mis artículos enseñaban la teología á los doctores, y yo decía á Jesucristo: "Dios mío, no sois un Dios del todo malo, pero debiérais hacer esto y lo otro y lo de más allá: eso sería mejor. ¡Vamos! ¡Sed razonable! ¡Yo me intereso por vos y me comprometo de grado á hacer por vos cualquier cosa con tal que vos querais estrechar vuestra inmensidad de manera que quepa cómodamente en mi cerebro!" No decía yo esto textualmente; y no lo decía tampoco en el *Café de los viajeros*, ni en el *Café de la Industria*, ni en el *Café del comercio* de Nanterre, como usted, doctor; pero lo propalaba en París, en falansterios mucho más sonoros, como eran mis periódicos y mis libros. Y ganaba dinero con esas bolas, mezclando entre ellas eso que llaman "ideas morales y políticas," tales como los casos de conciencia de Ernestina, los discursos de León contra el gobierno, los escrúpulos sociales de Lacenaire, las disculpas de madama Barrabás, los desórdenes de la duquesa de Follembouche y las buenas intenciones de aquel eterno idiota, del príncipe Adolfo, empeñado en reconstruir el mundo bajo un plan corregido por él, es decir, por mí.



Todas estas máquinas no tienen fuerza, pero hacen daño. Yo tenía gente que me leía como me ha leido usted, doctor, y tenía hasta gente que me admiraba, pueden ustedes creerlo. Había quienes esclamaban detrás de mí: "¡Ah, qué talento! ¡Qué gran corazón!" Y yo era de su misma opinión, sólo que los encontraba fríos.....

Doctor, mi querido doctor. yo apuesto á que usted tiene también sus aduladores en el cafetucho *del Comercio.*

Quiso el doctor retirar la mano; pero se la tenía muy apretada. Todo mi vigor le tengo en los puños, que son de acero.

Bien creo que mi auditorio no se figuraba adónde quería yo ir; pero veían al doctor en grande aprieto, y el teniente de alcalde, su cuñado, dió la señal para echarlo todo á risa.

Un curita en ciernes, el sobrino del señor cura, que acababa justamente de entrar, descubrió en este momento el reverso de mi gloria de novelista, exclamando:

—Este es el famoso señor X, que predica ahora á los obreros en San Sulpicio.

—¡Y es verdad!—dijo el teniente dirigiéndose á mí; —¿por qué no lo había usted dicho, compañero? A menudo se habla de usted en nuestras reuniones, y hemos rezado el *Sub tuum præsidium* que usted pedía para verse libre del pecado de orgullo.

—Muchas gracias,—le respondí;—redoblen ustedes sus oraciones, porque mi orgullo se mantiene muy arraigado. Pero no le suelto á usted, doctor, usted ha sido aquí el que primero me dió la mano...

—Se le va á comer,—dijo el curita en ciernes.

—Usted es—continué yo—en el *Café del Comercio* lo que yo era entre el público un poco más extenso que se divertía con mi pobre literatura. Usted vale más que yo, porque hace usted menos daño que yo, no hablando tan alto como yo; pero usted, yo y todos los hombres, ¡ay Dios! todos somos globos inflamados de orgullo...

—Así es, así es,—dijo el teniente de alcalde.—¡Ah,



cuñado, cuñado!... ¡el orgullo! ¡un globo! Esa es la verdad.

—Señor teniente de alcalde,—exclamé;—yo he dicho "todos los hombres," así los de la conferencia como los del café cantante.

—Así lo entiendo, compañero,—replicó el teniente de alcalde,—y no le regatearemos á usted, si cae la ocasión, otro *Sub tuum præsidium.*

No sé yo cómo nombran ahora á los tenientes de alcalde en Nanterre, pero te presento á éste como uno de los espíritus más amables que he encontrado en mi camino. Sus palabras hicieron asomar una sonrisa á los labios de los que le comprendieron, que por cierto no estaban en mayoría.

—¡Vamos, vamos!—me dijo el doctor sin impacientarse:—¿me va usted á dejar en paz al fin? En primer lugar, aquí no hay *Café del Comercio*; yo voy únicamente á la cervecería.

—Perfectamente. ¡Debí haber adivinado la cervecería!... Pues bien, quería decir á usted como á un antiguo amigo, pues que en realidad somos amigos antiguos usted y yo por mis travesuras impresas; querìa decirle que usted, providencia de los enfermos, tiene oficio de santo, mientras que yo, escribidor, tenía oficio de pícaro; que usted está muy por encima de mí por sus estudios, por el bien que usted ha hecho, por su corazón de usted, que brilla en sus ojos, y por todo lo que atrae hacia usted, que es un caballero; y que puesto que yo he renunciado, por tal de conseguir la paz en la tierra y despues la dicha del cielo, á millares de millares de amigos como usted, á mis lectores de otro tiempo, á mis queridos lec-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

tores, bien puede usted con un fin análogo quemar el respeto á la media docena de *libres bebedores* que le aplauden á usted en la cervecería... ¿Quiere usted darme de comer esta tarde? Lo acepto.

Le solté la mano, y sin aguardar su contestación saqué mi voz de orador para hacer un sermón de tres minutos, en el que expuse que, concluido ya mi papel ó poco menos, comenzaba el de los cristianos de Nanterre, con respecto á la difunta, á su hijo y aun á su marido.

Mi palabra caía en buena tierra.

Cuando tomamos el camino de la choza ruinosa en donde Adela había dejado de sufrir, éramos una veintena, es decir, todos los hombres que habían asistido á la Reserva, y la mitad de las mujeres, con más algunos transeuntes que se nos agregaban, aumentándose así nuestra procesión por el camino.

Bonifacio quedó al cuidado de la mujer del campanero. Me acuerdo que al subir por el Monte-Valeriano el señor cura llevaba en la mano una camisa, y el teniente de alcalde un pantalón, y el doctor una gorra: todo lo cual formaba el traje de Pedro Blot, á quien yo les había pintado vestido á la romana. Uno de los labradores ricos, individuo de la conferencia local, se ocupaba ya en buscarle obra, y si yo hubiera querido *colocar* á Facio, hubiera tenido diez casas en lugar de una; pero Magdalena tenía ya ley al niño.

Marchaba esta delante con una religiosa y dos buenas señoras, á quienes iba repitiendo nuestra aventura más por menudo y de una manera mucho más interesante, por diverso estilo, de como yo había podido hacerlo. No digamos que estaba demasiado tierna para



con Pedro Blot, pero en cambio hacía de la pobre Adela una mártir, casi una santa.

Yo iba abrazado con el doctor, que me suplicaba le hablase con franqueza y le confesara que no creía una palabra de "todas esas farsas."

La misma frase de Blot. De suerte que en Religión opinaban lo mismo.

En política, por el contrario, el doctor estaba muy contento con su fórmula liberal, la más bonachona de todas; y cuando yo le dije que Pedro Blot, el comunista, era hijo legítimo de sus doctrinas, ó más bien, de su carencia de doctrina, arreglada en dogmas de Ybetot para uso de los "hombres de bien" de Beranger, se me enfadó hasta ponerse colérico, él que no se enfadaba nunca.

Quiero también hacer constar este detalle. El doctor abominaba á Pedro Blot aun antes de haberle visto, como ciertos padres á lo Rousseau detestan al hijo que dejaron abandonado si por acaso se les vuelve á poner delante.

Pedro Blot no ha sido jamás afortunado en el liberalismo, que hace consistir toda su honradez en renegar de él pomposamente. No hay nadie que adule á Pedro Blot más que Tartufa en tiempo de elecciones, y no hay nadie que le ame más que nosotros los católicos, venciendo la repugnancia y vencidos por la caridad.

Los liberales "sensatos" y decentes y desinteresados como el doctor, que no solicitaba nada (sino la cruz de beneficencia á la chita callando), tienen pura y simplemente horror á Pedro Blot.

En cuanto á Tartufa candidato, una vez elegido, em-

pieza á tomar tirria á Pedro Blot, como el deudor insolvente guarda inquina contra su acreedor, conforme á la ley de la ingratitud humana; á menos que Tartufa candidato no sea al mismo tiempo Tartufa periodista, en cuyo caso continúa acariciando á Pedro Blot mientras Pedro Blot contribuye con el *sus* diario al sostenimiento del periódico.

¡Ah! Pedro Blot está más cerca del cielo de lo que parece, puesto que no tiene amparo en la tierra.

Llevábamos con nosotros la autoridad bajo la forma de un guarda de campo que era correligionario del doctor, aunque menos letrado, y me acuerdo que hubo una larga discusión acerca del levantamiento del cadáver. Todos los competentes en nuestra caravana admitían la siguiente distinción, de que oía yo hablar por primera vez en mi vida: "Si el suicidio tiene lugar en una casa, decían, hay que esperar á la identificación del cadáver y demás diligencias judiciales; pero si el cadáver se encuentra en paraje no cerrado, se le puede trasladar desde luego para ponerle á cubierto."

Aquí, en nuestro caso, la choza pastoríl abandonada tenía, es verdad, su especie de techo; pero no tenía puerta, lo cual, según la jurisprudencia de Nanterre, no hubiera dejado de hacer un tanto espinoso el caso, si el doctor, previo examen, no hubiera declarado legalmente que allí no había suicidio, porque Adela había muerto de una congestión pulmonar.

Ante todo, había entrado yo solo en la choza para proceder al adecentamiento de Pedro, á quien volví á encontrar en el mismo sitio en que le había dejado, acurrucado en el suelo junto al saco en que estaba el cuerpo de Adela. Tuvo al principio alguna dificultad en dejarse vestir, olfateando, según me confesó, la procedencia clerical de los trapos; pero los escrúpulos de Pedro Blot, sean ó no sinceros, nunca son muy profundos, y se desvanecen tan pronto como un vistazo en rededor le asegura de que no hay por allí ningún cofrade ó amigo que pueda echarle en cara su debilidad. Fué por lo demás completamente leal conmigo, pues me dijo al ponerse la camisa:



—Esto no me obliga á nada, ¿sabe usté? Lo hago para poder ir detrás de Adela yo solo, á un lado, y no en fila con ustedes.

Salióse cuando entró el señor cura, y se retiró sin aire de provocación detrás de la barraca.

El sacerdote bendijo el cuerpo y recitó las preces, á que respondían los que habían podido entrar y los que se habían quedado afuera. Adela fué puesta en unas andas y se la cubrió con un paño negro para llevarla á casa de la piadosa señora que se había encargado de amortajarla y ponerla en una caja.

Seguiamos todos en procesión, mientras que algunos soldados, formando grupos acá y acullá por la espalda del Monte Valeriano, nos miraban de lejos con asombro.

Pedro había presumido demasiado de sus pobres piernas al hablar de ir al entierro solo. Yo le sostuve al principio muy á finas veras; pero no pude hacerlo mucho tiempo, y fué menester que el teniente de alcalde viniera en mi ayuda; de suerte que Pedro Blot se halló sostenido y casi llevado en volandas tres cuartos de legua por dos santurrones de las Conferencias de San Vicente,

No podía yo menos de pensar en que era aquella una figura muy viva de la institución modesta y grande que lleva el nombre del más ardoroso entre los apóstoles de la caridad. ¿Acaso no está el gozo mejor y más íntimo de esta sociedad en socorrer á los que la aborrecen y en proteger á los que la calumnian? ¿Y no está en eso precisamente el origen de las desconfianzas que la rodean desde su nacimiento y que no se acabarán nunca? Los que se forman una religión de la venganza, ¿cómo han de creer á los que no tienen otro culto que el perdón?

Y la palabra perdón no vale nada. Amor es como hay que decir, porque el verdadero cristiano debe *amar* á su enemigo; esta es la ley estricta, fuera de la cual no hay ni santidad ni salvación.

¡Oh! ¡Cuán lejos estamos en nuestros primeros movimientos interiores de este heroismo necesario! Mas cuando nos acercamos á él por el esfueazo de nuestra voluntad fortificada y templada en el fuego de la gracia; cuando á fuer de amar á Dios sobre todas las cosas llegamos á amar al hombre, nuestro hermano enemigo, como á nosotros mismos, ¡qué puro santuario es nuestro corazón y qué hermoso y radiante tabernáculo!

Es menester ser justos y no sublevarse contra lo que es la naturaleza misma de las cosas. Las instituciones católicas excitan la desconfianza, y no puede ser menos, porque tienen parte de milagro: casi todas tienen una historia que se sale de lo verosímil y mortifica á la razón.

Nacen de la nada en apariencia: del grano de mostaza, el más pequeño de todos los granos. En lugar de comenzar con estrépito y ruido de prospectos mentirosos



que suenen á dinero, brotan en silencio en algún rincón ignorado, tan débiles y tan humildes que se pasa por encima sin verlas...

Son los semilleros del Dios humilde.

La prudencia humana tiene en verdad motivos para irritarse contra estas "empresas," loca y desatentadamente concebidas, que empiezan sin capital, teniendo que dar mucho y nada que recibir, y que crecen en proporción de sus pérdidas, mientras que tantas sociedades comerciales mueren en su misma opulencia y estremecen al mundo de los negocios al hundirse bajo las ventajas combinadas de su lealtad, su habilidad y su prosperidad.

¿No hay aquí maleficio ó escamoteo? ¿Y no es disculpable en Tartufa industrial el maldecir de estas hechicerías al dia siguiente ó la víspera de su quiebra?

Mas no es solamente el pobre Pedro Blot el que tiene ojeriza contra San Vicente de Paul y sus hijos; eres tú hoy, y era yo mismo ayer todavía; son los talentos serios y los frívolos, los que saben hacer las sumas y los que saben deshacerlas, los honrados y los hábiles, los rusos y los franceses: todo el mundo, hasta los gobiernos inclusive.

Y es natural que no se crea en los milagros.

Y cuando no se cree, es natural negar: iba casi á decir calumniar. Es necesaria la fé para ver algo sobre la naturaleza.

Recuerdo haber dicho alguna vez que la devoción á Nuestra Señora de Lourdes era una impostura, y, por consiguiente una impiedad.

Me he burlado del Sagrado Corazón de Jesús... ¡Bien